

El cuento y sus mitos: el gordo

(Sobre «Contar un cuento»)

«**C**ontar un cuento» fue escrito en 1955 y publicado en el libro *El baldío* en 1966, luego en *Moriencia* en 1969, con muy leves retoques. Dentro de *Moriencia* forma parte de un subgrupo de tres cuentos. El primero de ellos es «Juegos nocturnos», y pertenece a un ciclo de unos quince cuentos escritos en torno al personaje del «gordo» que, en su mayor parte han permanecido inéditos y que Augusto Roa Bastos da por perdidos. Esta particularidad tiene su importancia en la medida en que recalca la importancia simbólica de este curioso personaje recurrente.

Es un cuento extraño, de visos fantásticos, y que, a la vez, supone una reflexión metanarrativa. Su título y su desenlace dejan presentir el interés que puede tener en la definición de lo que es, para su autor, el contar un cuento. Trataré pues de proponer un análisis de este relato, apuntando hacia una teorización de la cuentística robastiana.

La cebolla

El cuento empieza *in medias res* con la réplica de un personaje sobre el cual no se ha dado ninguna información. En esta breve réplica: «¿Quién me puede decir que eso no sea cierto?», es notable el empleo del sustituto anafórico «eso» que alude a algo ya dicho, dando así la ilusión de que el diálogo que se abre había empezado anteriormente. Este tipo de comienzo, muy frecuente en la cuentística robastiana, instala al lector dentro de una situación desconocida, con personajes incógnitos, obligándole a prestar atención al menor indicio que le permita comprender lo que pasa y lo que ha pasado: es el primer elemento creador de tensión. Siguen tres páginas de diálogo, o más bien de monólogo del gordo, entrecortado primero por una breve

réplica de uno de los personajes que escuchan, luego por una corta intervención de una instancia narradora plural. Otra intervención de la misma instancia, más larga y descriptiva, precede a la última réplica del gordo. Este conjunto constituye un primer espacio textual, de estructura casi totalmente monológica, donde se focalizan la palabra hablada y sus características en el personaje del gordo.

El segundo espacio textual, de estructura totalmente narrativa, se abre con la emergencia de un YO narrador («creo»), hasta entonces indiferenciado dentro del NOSOTROS, y del presente hasta entonces ocultado. En este espacio, la palabra del gordo sigue siendo central, sin embargo no aparece, como en el primero, asumida por el personaje, sino que está mediatizada por un YO narrador, personaje que se encuentra entre los que escuchan al gordo. En este segundo espacio se encuentra asimismo una doble fractura temporal, que analizaremos más adelante, con el surgimiento del presente de narración y la evocación del pasado del gordo.

La estructura global se articula pues en dos espacios textuales sucesivos, con predominancia de lo oral primero, de lo narrativo después. La palabra oral, asumida por la figura del gordo, es atajada por la aparición de un YO narrador que se sustituye al personaje y mediatiza sus relatos. Lógicamente, el espacio narrativo se cierra con la muerte, primero narrada y luego realizada, del gordo. Sin embargo, estos dos espacios no son yuxtapuestos estructuralmente, aunque son sucesivos en la narración: están jerarquizados, ya que la totalidad textual aparece finalmente asumida por el Yo narrador. Se trata pues de una *estructura de inclusión* bastante más compleja de lo que parece a primera lectura. Si lo miramos bien resulta que los cuentos del gordo vienen incluidos dentro del caudal más amplio de sus palabras, ésas a su vez están dirigidas a un NOSOTROS, personaje narratario que escucha los cuentos del gordo y presencia su muerte, primero narrada y luego realizada. De este NOSOTROS se desprende un YO narrador que asume finalmente la totalidad del proceso narrativo. Así el Yo narrador relata una anécdota donde él mismo desempeña un papel de narratario y de testigo, y donde el gordo desempeña el papel de narrador de otro cuento incluido, que a su vez anuncia y prefigura el final de la anécdota. Se trata pues de una estructura de inclusiones sucesivas, aludida por el gordo a través de la imagen de *La cebolla*. Para el gordo, la realidad es como una cebolla: «Usted le saca una capa tras otra, y ¿qué es lo que queda? Nada, pero esa nada es todo, o por lo menos un tufo picante que nos hace lagrimear los ojos.» De la misma manera, los que le escuchan tienen la impresión de que cuenta «despellejando la cebolla».

Esa noche

El tiempo abarcado por la historia narrada se compone de dos zonas distintas: —las pocas horas durante las cuales se desarrolla la tertulia en casa del gordo, «esa noche», —el pasado del gordo evocado según dos modalidades distintas:

a) un pasado indeterminado donde se relatan los hábitos del gordo, y particularmente su manera de contar cuentos,

b) las anécdotas relativas al «escandaleta» que se produjo durante la última gira de conciertos del gordo, que lo llevó a abandonar su carrera de pianista.

La evocación del pasado se hace bajo la forma clásica de las vueltas atrás insertas dentro del tiempo lineal de la tertulia. Es de notar que el pasado aparece después de la última réplica del gordo, en el momento en que pasamos de la estructura monológica a la estructura narrativa, cuando empieza el breve desenlace.

El tiempo de la narración se desarrolla casi linealmente, con una doble fractura en la cual vienen a insertarse las dos modalidades de evocación del pasado:

—«Pero a él no se le podían refutar sus ocurrencias.»

—«Pero nunca conseguimos hacerle contar por qué había dejado su carrera de concertista de piano...»

Esa doble fractura determina dos tiempos en el relato: el primero es el del casi monólogo del gordo y sigue, hasta en sus pausas, el flujo de su palabra; el segundo, que constituye el desenlace o final del cuento, es narrativo y sintético, relata indirectamente lo esencial del cuento narrado por el gordo, y, en el párrafo final, su muerte inesperada. La irrupción del pasado del gordo por estas fracturas del tiempo narrativo, y en un lugar tan nodal de la estructura, deja presentir la importancia de tal estrategia. Este resurgimiento del pasado se puede comparar con el «retorno de lo reprimido», proceso capaz de provocar graves síntomas, y que se produce siempre en un momento clave para el sujeto.

La narración se hace en tiempo pasado desde un presente indefinido que aparece sólo tres veces: «Creo que ninguno de nosotros... Creo que los inventaba... Me parece estar viéndolo todavía...» No hay ninguna precisión sobre las relaciones entre este presente de narración y el tiempo de lo narrado, sólo sabemos que se trata de un recuerdo del personaje narrador, recuerdo muy vivo que permite una gran precisión descriptiva. La reconstrucción de la última tertulia del gordo, que se puede considerar como la anécdota del cuento, si bien no es su tema, da lugar a una exploración del pasado que funciona en la estructura narrativa, como «retorno de lo reprimido».

Contar un cuento

El título del texto llama a algunas consideraciones. «Contar un cuento» dice un proceso en desarrollo, un proceso no terminado: si lo aplicamos al texto que encabeza, se trata en realidad de contar un cuento donde se cuenta un cuento. O sea que volvemos a encontrar la estructura de inclusión, cajas chinas o cebolla. Es de notar que el título no pone el acento sobre la anécdota central, la muerte del gordo, sino sobre el proceso que anuncia la muerte y la precede, y que también se puede aplicar al proceso narrativo que los incluye a ambos. Así se mantiene la ambigüedad esencial

en la cual se funda el carácter fantástico del cuento que desarrollaré más adelante. La indeterminación del título autoriza además el valor ejemplar de la historia narrada, la posibilidad de interpretarla como una anécdota simbólica sobre el acto de narrar.

El lugar de la muerte

La representación del espacio es el elemento más paradójico del cuento. En la historia narrada no hay prácticamente mención de elementos espaciales: hasta el final del cuento sólo se alude al sillón donde está arrellanado el gordo, cuya mole lo desborda. Luego aparece, dentro del cuento que narra el gordo, la mención de un lugar visto en sueños, y que, al final del mismo cuento, el gordo describe prolijamente. Sólo cuando los anónimos acompañantes del gordo se percatan de su muerte, sólo entonces reconocen el lugar descrito por el gordo como el cuarto donde se encuentran. Así, ese lugar, primero *fictivo* (soñado) en el cuento del gordo, luego *real* (lugar donde muere el soñador) en el mismo relato, pasa a ser *real* (lugar donde muere el gordo) en la narración que incluye a la vez el cuento que está contando el gordo y el sueño relatado en este cuento. Este espacio fictivo-real, después de transitar por varios niveles de realidad, se torna símbolo, en la acepción plena del vocablo, o sea signo de reconocimiento de la muerte del gordo, y sobre todo de la premeditación de su muerte.

Una vez más volvemos a encontrar la misma estructura de inclusión, o de cebolla, con la particularidad de que se trata, en este caso, de un elemento idéntico que transita por tres niveles de realidad (sueño / cuento narrado por el gordo / cuento narrado por YO), conservando la misma propiedad: es el lugar de la muerte.

El gordo

Es imposible analizar el personaje del gordo sin ponerlo en relación con la instancia narradora, y eso por dos motivos: primero porque el gordo, aunque es un personaje narrado, no para de hablar, y sobre todo de contar cuentos, anécdotas y chistes; luego porque el personaje narrador no tiene ningún papel como actor y se define únicamente con relación al gordo.

El gordo presenta dos caracteres fundamentales: su obesidad y la prolijidad de su don de palabra. Los dos son evidentemente caras de una misma medalla. Su obesidad casi monstruosa, la molicie invencible de su cuerpo adiposo hacen de él un personaje felliniano, suerte de divinidad arcaica de la fertilidad. Físicamente parece doble, interiormente escindido en dos mitades contradictorias e irreconciliables, el único elemento de unidad es la voz. Precisamente la voz es el vehículo de la palabra que fluye incesante de la mole fecunda del gordo. Flujo hemorrágico, sin forma precisa, sin principio ni fin, sin contornos fijos, materia oral que brota, mezcla de anécdotas, chis-